

Alfonso BALLESTERO, *José M.^a de Oriol y Urquijo*, LID Editorial Empresarial, Madrid, 2014, 252 pp.

Alfonso Ballester, ingeniero y directivo de grandes empresas, fundamentalmente del sector petrolero, fue galardonado con el Premio LID de Historia Empresarial 2013 por la biografía de José M.^a de Oriol. Con anterioridad había biografiado al fundador del INI, Juan Antonio Suanzes (1993), y desde finales de los años ochenta ha publicado varios trabajos sobre historia empresarial, el más reciente sobre la industria del gas natural en España (2017), también editado por LID.

El libro que nos ocupa es un acercamiento a la figura de José M.^a de Oriol, probablemente el empresario eléctrico más importante del país en la segunda mitad del siglo xx. Como el autor se encarga de señalar en diversas ocasiones a lo largo del texto, el foco se pone sobre la persona, más que sobre la trayectoria de las empresas y de los organismos e instituciones de los que formó parte. De este modo, distintas vertientes de la actividad de Oriol son narradas en una sucesión de capítulos que van desde el plano político hasta su pertenencia a la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, pasando por su vinculación con la industria eléctrica, con la empresa Patentes Talgo, su faceta financiera o su actuación como representante de los intereses corporativos de los ingenieros. La investigación se apoya en una sólida documentación procedente de archivos públicos y privados, entre ellos el mismo fondo personal del biografiado.

Para el lector acostumbrado a la literatura de historia empresarial, probablemente la parte más sorprendente del libro sea la que se corresponde con la esfera política. Después de explicar los antecedentes familiares y los primeros años del empresario, Ballester se sumerge en el entramado de relaciones personales y de intrigas que hacen que Oriol se convierta en una de las figuras más relevantes del carlismo vasco, papel que hereda de su padre, y pase a ser jefe provincial de Falange en Vizcaya y alcalde de Bilbao en los primeros años de la posguerra civil. La posición destacada en las filas de los tradicionalistas, sumada a su relevancia en el plano empresarial, será utilizada por Oriol para mediar entre carlistas, partidarios de la restauración monárquica en la persona de Juan de Borbón, y el propio Franco, sin que sus gestiones fructificaran.

Para el mismo lector interesado en la historia empresarial, los capítulos dedicados a la industria eléctrica, a Talgo y a la banca deben constituir la parte principal de

la obra. En estas páginas Ballestero no descubre nada nuevo de la actividad como empresario y directivo de Oriol, pero se apoya en la bibliografía especializada para desgranar su trayectoria como uno de los personajes más representativos de la esfera corporativa española durante el franquismo. Con veintitrés años se incorporó al consejo de administración de Hidroeléctrica Española (Hidro), fundada por su abuelo, Lucas de Urquijo, y en la que también era consejero su padre, José Luis de Oriol. Como ellos, José M.^a de Oriol y Urquijo fue presidente de Hidro, y en su dilatada presidencia —entre 1941 y 1985, año de su fallecimiento— la empresa se consolidó como una de las más sólidas del mercado eléctrico español. En este ámbito, Oriol se valió de su influencia política para crear y liderar Unesa (1944), sociedad anónima constituida por las mayores compañías eléctricas y que funcionaría como órgano de representación del sector ante el Gobierno. El nacimiento de Unesa, como parte de la estrategia de las grandes productoras de electricidad para defenderse ante una posible nacionalización y la competencia de las empresas públicas del INI, es bien conocido gracias a los trabajos, entre otros autores, de Gómez Mendoza. La actuación de Oriol, también. Esto no resta mérito a la narración de Ballestero, que destaca cómo formalmente el Gobierno de la dictadura encomendó a Oriol la ejecución de la ordenación del sector.

Como presidente de Hidro y representante de los intereses eléctricos, José M.^a de Oriol se involucró en la implementación de la energía nuclear en España. En este plano también se produjo un conflicto de intereses con el sector público y el INI, que se resolvería en beneficio de las empresas privadas. Oriol desempeñó un papel relevante, siendo inspirador del llamado Pacto de Olaveaga, una alianza que propiciaría la preparación de la iniciativa privada para liderar el desarrollo del sector nuclear, y ocupó cargos relevantes en los organismos atómicos nacionales e internacionales.

En conjunto, el relato de Ballestero es recomendable para conocer al personaje y realizar una aproximación al contexto histórico e institucional en el que desempeñó su actividad empresarial. Una observación legítima que se puede hacer a esta biografía es que existe una desconexión palpable entre las distintas facetas de Oriol, cuyas relaciones no siempre quedan explicitadas. El ejemplo más claro es el de la vinculación entre el plano político y el económico o empresarial. Aunque Oriol se declaraba frecuentemente —y así lo recogen los testimonios que expone el texto— partidario del liberalismo económico, buena parte de su poder corporativo derivaba de sus conexiones políticas. La representación del sector eléctrico venía dada por su influencia en el entorno del dictador, y Oriol se valía de esta posición en una doble dirección, tanto para defender los intereses eléctricos como para presentarse ante las cabezas visibles del sector como el único interlocutor válido con el Gobierno. Pero en el libro no se aprecia bien cómo los intereses políticos, económicos y empresariales se entrelazaban. Del mismo modo, el autor no se detiene en algunas cuestiones que parecen relevantes. Por ejemplo, aunque evidentemente Oriol es caracterizado como partidario acérrimo del régimen franquista, solo se dedican unas líneas a explicar cómo desde su posición como procurador en las Cortes, se opuso a la Ley de reforma política, uno de los pasos decisivos para que la dictadura pudiera dar paso a la democracia. No es una cuestión menor, ya que este hecho se suele citar en la bi-

biografía actual que utiliza a Oriol como ejemplo de la vinculación entre el régimen y la clase empresarial.

Otro tipo de objeción puede hacerse al libro de Ballester, pero probablemente sea injusta, dado que el autor no está vinculado al ámbito académico y a que manifiesta, hay que insistir, que pretende reflejar exclusivamente la personalidad del biografiado. Esta objeción reside en que el texto ignora cualquier debate sobre el papel de los empresarios y su relación con el desarrollo socioeconómico de los países. Dos años antes se había publicado en inglés y castellano la obra de Acemoglu y Robinson, *Why nations fail?* (2012), que popularizaba los conceptos de élites extractivas y élites inclusivas. La lectura de Oriol invita a la reflexión sobre esta cuestión: por más que reclamara los beneficios derivados de la actividad empresarial privada para la población española, actuaba en un contexto profundamente intervenido en el que la regulación beneficiaba los intereses de sus compañías y las privaba de competencia. Desde esta caracterización, sería difícil no ver a Oriol como parte de la élite extractiva. En el plano nacional, en 2011 se reeditó el libro de Mercedes Cabrera y Fernando del Rey, *El poder de los empresarios*, que aplicaba el concepto de «instrumentación recíproca» —acuñado por Víctor Pérez Díaz— para definir la naturaleza de las relaciones entre el poder económico y el poder político en la historia de la España contemporánea. Aunque esta interpretación es más que discutible, de nuevo la vida y obra de Oriol, en sus distintos planos, permite reflexionar sobre las difusas barreras de los dos ámbitos, y sobre cómo en una economía atrasada e intervenida la influencia de las grandes empresas eléctricas consiguió sobreponerse normalmente a las decisiones políticas de una dictadura que les permitió autorregularse.

Para terminar, la yuxtaposición de las distintas vertientes que convergen en la figura de Oriol podría servir para introducir el debate sobre el capital social de los empresarios, relacionando el capital heredado que suponen los vínculos familiares —herencia política y empresarial en Talgo por parte de su padre, en Hidrola por su padre y su abuelo, etc.— con las conexiones a través de los consejos de administración, instituciones y organismos profesionales, o la Academia. Pero, como se ha dicho, quizá sea injusto exigir al libro, por otra parte recomendable, que participe de debates académicos sobre las funciones empresariales y su contribución al desarrollo.

JUAN ANTONIO RUBIO MONDÉJAR
Universidad de Granada